

Hace trece años, cuando le dije a mis padres que iba a visitar una prisión cada semana mientras que yo fuera párroco en Cameron, Missouri, mi madre pensó por un momento, y luego me preguntó: “¿Hay asesinos allí?” Yo tenía 48 años de edad, pero ella seguía cuidando de mí. Le dije la verdad: “No. La prisión que visito no tiene asesinos.” Al menos, eso pensé yo. Más tarde, me enteré de lo contrario. Como llegué a conocer a los presos que venían a la misa cada semana, algunos de ellos me contaron sus historias. Antes de que terminara mi primer año, había conocido a varios chicos que habían cometido homicidio involuntario. Ellos no tenían la intención de matar a la persona, pero por estar borrachos o enojados o descuidados, a causa de sus acciones, alguien murió. Cinco de nuestros asesinos escribieron sus historias como capítulos de un libro; cuatro de ellos eran católicos. También era el hombre que editó el libro; él era un asesino católico también. Un tema recurrente que dijeron fue lo siguiente: Ninguno de ellos tuvo un buen padre. En todos los casos, su padre los había abandonado o había abusado de ellos verbalmente o físicamente. Sin embargo, este fue otro tema común: Ellos no culpaban a su padre. Tomaron la plena responsabilidad de sus actos. Sabían que tenían que tomar una decisión, y con frecuencia tomaban las decisiones equivocadas.

En la lectura de hoy de la profecía de Isaías, el pueblo de Israel llama a Dios en medio de su angustia. Ellos dicen que Dios es su padre, un título bastante raro en el Antiguo Testamento. Y culpan a su triste condición en Dios. Ellos dicen: “Tú, Señor, eres nuestro padre. ¿Por qué [tú] has permitido alejarnos de tus mandamientos, y [tú] dejas endurecer nuestro corazón hasta el punto de no temerte?” La gente sabe que son pecadores que han renunciado a Dios. Pero ellos no se hacen responsables. Ellos dicen que es culpa de Dios. Dios no ha sido un buen padre. Al final de esta lectura, sin embargo, el estado de ánimo cambia. Ellos dicen: “somos pecadores. Todos estábamos marchitos, como hojas, y nuestras culpas nos arrebataban como el viento.” Una vez más, utilizan el mismo título para Dios: “Tú eres nuestro padre.” Al comienzo también llaman a Dios su redentor. Ellos le recuerdan a Dios que a causa del pacto debe ayudarles en sus necesidades. Al final también llaman a Dios su alfarero. Son como el barro. Dios puede moldearlos y hacerles mejor. Dios no necesita cambiarse. Dios puede cambiar ellos.

No es difícil encontrar personas que culpan a Dios por sus desgracias. A veces nosotros también lo hemos hecho. ¿Qué ayudó a las personas de Isaías a que cambiaran su actitud de culpar a Dios y admitir su pecado? En medio de este pasaje pronuncian una oración llena de imágenes fuertes. Ellos dicen: “Ojalá rasgaras los cielos y bajaras, estremeciendo las montañas con tu presencia. Jamás se oyó decir, ni nadie vio jamás que otro Dios, fuera de ti, hiciera tales cosas en favor de los que esperan en él.” Israel quería que Dios hiciera una entrada espectacular, rasgase el cielo, hacer que las montañas que temblaran y que impresionara a todos con sus maravillas.

Esa oración cambió los corazones de la gente en la primera lectura de hoy, y esa es la oración con la que comienza el Adviento para nosotros en 2014. Durante el Adviento queremos que Dios venga. No estamos simplemente

recordando que Dios vino como un bebé en Belén. No, queremos que Dios venga ahora, que rasgue los cielos, y baje, que haga que las montañas tiemblen y haga milagros. No necesitamos a culpar a nadie más por nuestra condición. Sólo tenemos que tener confianza en el Dios que salva.